

La voz divina, sin embargo, llamaba al hombre entero y resonó insistente en las duras entrañas. Culpa del hombre fué conformarse con lo menos y repudiar lo que era más; pero la preciosa semilla contenía lo más y lo menos, y se ofrecía toda entera como un riquísimo y perfecto tesoro. Para los lienzos de su alma se le daba al artista más que para los lienzos de su arte. En ella estaba la vida, la felicidad moral, la santidad y la inocencia, y la belleza también estaba, como un esplendor inseparable de la rica sustancia de la verdad y del bien.

El artista ha querido tomar solo lo *bello* que a los demás admire, repudiando lo *vivo* que así mismo enaltezca; ha querido nutrir su fantasía, y no su corazón; pero el artista no puede cambiar la naturaleza de las cosas, no puede hacer que la belleza deje de ser un esplendor; y el esplendor dice ciega y firme referencia a aquellas cosas de donde brota, a aquellas cosas cuya esencia es ser esplendentes, y estas cosas no pueden ser otras más que la verdad y el bien: supremos valores que en la mente divina constituyen el orden esencial, prototipo y medida de todos los órdenes creados; y así la belleza ha podido S. Agustín definirla — Splendor Ordinis.

Esos divinos valores, que, por no aprovecha-

